

## EL DEDO GORDO

Salí de la oficina con más hambre que un tiranosaurio rex en día de vigilia y me subí a mi volcho del sesenta y cuatro. Eran casi las tres y no quería llegar tarde a la fiesta, hoy, veinticuatro de junio, cumpleaños de Alonso, el brujo mayor.

Rebasé a Juana, la secretaria, quien con sus delgadas y largas patas, con la melena de cerdas alborotadas por el polvo lanzado por mi coche, me hizo pensar en una gran araña ¿reptando?, al dejar sus tacones de aguja en el terroso piso de la salida.

---¡Vaya! Aún jala tu destartalada carcacha ---se burló.

---¿No pudiste encender el motor de tu escoba y andas arrastrando tu flaca humanidad?— respondí incisivo.

Mejor aceleré para no ver, ni escuchar su soez insulto.

Por fin pude arribar a casa. Chanita en gran chinga, terminó de acicalarse.

---¿Cómo me veo? ---preguntó.

--- ¡Jau! ---dije al alzar la mano haciendo el saludo al estilo apache.

--- ¿No podías haberme dicho, sin cotorrearme, que me pasé de maquillaje? --dijo al soltarme el centelleante rechazazo en el punto del hombro, donde más duele.

--- ¡Ah!, ya váaa...monos ---contesté arrastrando la palabra, y el agudo dolorcito.

Por fin nos apersonamos frente a la casa de Alonso, en la calle Madero, a media cuadra del parque central

--- ¡Vaya!, al fin llegaron estos cabras de monte —soltó Vicky, la esposa de Valeriano, al vernos entrar a la sala.

Chanita se dirigió muy seria hacia Alonso, con una bolsa de regalo en la espalda. Por cierto, no la vi cuando subimos al coche. La abrió y extrajo de ella un penacho de plumas.

--- ¡Tataratán, tataratán, tataratán tan tan ---tarareó la presentación de los Estudios Cinematográficos de la XX Century Fox, se lo entregó y dijo:

--- Algo adecuado para el ojo meneado. Lo dije en verso y sin esfuerzo.

---¿Y esto por qué, Chanoc?

--- Porque es el día de San Juan, día de los brujos y de paso, es tu cumpleaños. ...Y porque eres el brujo mayor.

Valeriano casi se tira al piso profiriendo sonorísima carcajada. Todos la coreamos.

--- ¡Pero de esta no se me escapan! --- dijo el grandote Valeriano---. Van a tener qué emparejarse por llegar tarde.

Sin decir “¡Agua va!” casi nos atraganta con sendos vasos de whisky con agua mineral de la Nectarín.

--- Como dicen los turulos, ¡Digamos salud en seco! ---completó su brindis trasegando su propio licor.

--- ¡A comer, a comer, todos vamos a comer! ---fue el canto de Magda, quien se sirvió un poco de la bebida---. ¡Salud!, esposito mío ---exclamó---. Dios te dé muchos años más de vida a nuestro lado--. ¡Saluuud, salud!...no tan en seco ---brindó Luis “quinta”.

--- ¡Salud! por el brujo mayor---soltó Carlos, “el muerto”.

--- ¡Salud por el mayor de los brujos! ---terció Rafa, el dentista.

--- ¡Que no se olvide el motivo!----grité y bebí mi trago.

Nos fuimos sentando a la mesa y Chanita me sirvió bastante mole negro de Oaxaca con arroz y comencé a devorar, con la mala costumbre de tragar, más que comer, sobre todo porque de la oficina salgo a las dos y treinta y en media hora debo comer, bañarme y luego, a dar clases en varias escuelas hasta las diez de la noche.

Después de comer pesado, mas el efecto de las copas, el sopor me hizo trincar el pico un segundo y fui despertado por el drástico chorro de licor con refresco vertido en mi calva humanidad.

- La risotada de Valeriano rompió con su plan de pasar inadvertido, dizque bailando. Lo perplejo de los demás comensales puso en evidencia su ‘travesura”, que me llegó a lo máximo. Me puse de pie y en un santiamén lo alcancé para agarrarlo del pie derecho y luego de quitarle el zapato, le di una mordida ligera al dedo gordo sobre el calcetín. Después de soltarlo me encaminé a la calle, para subirme al VW y al intentar prenderlo, no pude hacerlo porque Alonso, tras abrir la puerta, giró su mano sobre la mía rompiendo la llave, cuya mitad quedó dentro de la cerradura.

--- No te vayas Arturo ---dijo---. Por favor.

Me bajé con el ánimo de irme.

- Valeriano salió y dando muestra de una singular agilidad, pese a su corpulencia, pudo subir al cofre delantero y empezó a saltar.

--- Tú no te vas chaparro ---sentenció.

Di la vuelta y caminando a pasito lento, pues hasta donde lo mareado lo permitía, llegué al portal de la esquina de la calle Real de Guadalupe. La crucé y subí a la banqueta de San Nicolás, siempre tambaléandome. Sólo recuerdo que ya estaba obscureciendo cuando di la vuelta en la esquina de Hacienda Federal. No sé más.

La cruda me despertó. Estaba en mi cama. Chanita a mi lado abrió los ojos, con manifiesta inquietud.

--- ¿Cómo estás?--- preguntó.

---No sé como llegué, caminando, creo. Voy a ir a busca el volcho a casa de Alonso.

--- ¿El carro? Está en el garaje.

--- No creo haberlo traído, apenas si podía caminar. Me pegó el aire.

--- Yo venía detrás de ti, te alcancé aquí en la puerta. Casi a rastras logramos llevarte a la cama los chamacos y yo. Caíste como fardo y ahorita te estás apenas despertando.

En la cochera o patio estaba el volcho con la cajuela como el pico del cuervo de las caricaturas cuando la zorra lo golpea. Fui a buscar el equipo de herramientas de hojalatería que me prestó un alumno y le hice una cirugía a la cajuela, sin pintarla.

--- ¿Me llevas al mercado a comprar la comida? ---propuso mi amor---. En cuanto regresemos le pones el spray. Quedó un poco de la pintada anterior.

Ya yendo en el auto pregunté:

--- ¿Cómo vino a dar a la casa? ---di una palmadita en el volante.

--- Alonso lo trajo al rato que llegamos. Pidió mil disculpas y me ofreció llevarlo al hojalatero.

De regreso del mercado vimos a Valeriano salir de la puerta del hotel, en la calle Cinco de Mayo y me acerqué. De reojo nos descubrió y acelerando el paso, subió a la banqueta, riendo. Su cara tuvo una transformación al ver subir el coche a su banqueta. Corriendo se fue a la de enfrente. Cuatro banquetas y carreras lo dejaron exhausto y aterrado. Trepó cual electricista, al poste frente a la casa de Vicenta Herrera.

--- Perdóname Arturo, estaba borracho. Lo siento

.